

Frantz Fanon en Saint-Alban (1975)*

Frantz Fanon in Saint-Alban

François Tosquelles

Resumen. Traducción al español de un texto escrito por el creador de la psicoterapia institucional, François Tosquelles, en honor al psiquiatra y revolucionario martiniqués afro-caribeño Frantz Fanon. El texto, publicado originalmente en 1975, está centrado en la estancia de Fanon en el Hospital Psiquiátrico de Saint-Alban-sur-Limagnole, en el departamento de Lozère, en Francia, en 1953. En este hospital, Fanon realizó internado en el servicio psiquiátrico de Tosquelles.

Palabras clave: Fanon, Tosquelles, psiquiatría, psicoterapia institucional, Saint-Alban, normopatía.

Abstract. Translation into Spanish of a text written by the creator of institutional psychotherapy, François Tosquelles, in honor of the Martinique born Afro-Caribbean psychiatrist and revolutionary Frantz Fanon. The text, originally published in 1975, focuses on Fanon's stay at Saint-Alban-sur-Limagnole's Psychiatric Hospital in the department of Lozère, France, in 1953. In this hospital, Fanon made an internship in Tosquelles' psychiatric department.

Keywords: Fanon, Tosquelles, psychiatry, institutional psychotherapy, Saint-Alban, normopathy.

Para todos aquellos que se encontraron con Frantz Fanon, nada más fácil que recordarlo; él es sin duda difícil de olvidar. Su presencia ocupará por siempre los encadenamientos de la memoria; como él ocupaba el espacio. Su gravedad y su consistencia, su materia corporal, no era inútil jamás, como lo es una cama o una mesa ahí, en mitad de una escena. Aquello hablaba y el sujeto se movía. De lo opaco a lo transparente, su danza con velos o sin ellos tejía arabescos donde sea que interpelaba a sus colegas, en cuanto al fondo y en cuanto a sus propios fundamentos. Un resorte de

* El presente artículo fue traducido del francés al español por Trilce Ariadna Mendoza Hernández a partir del texto en francés publicado bajo el título Frantz Fanon à Saint-Alban, primero en el número 10 del volumen 51 de *Information psychiatrique*, en diciembre de 1975, y posteriormente en el número 22 de la revista *Sud/Nord* de 2007.

espirales infinitas. Polemizar, se puede decir, era su fuerte. Algunos hablaban también, a propósito, de sus aptitudes ¿perversas? de lanzarse a su –propensión por ayudar– a las víctimas complacientes. Fanon encarnaba sobre todo el respeto y la libertad del otro. Su fraternidad efectiva tenía como emblema la incautación lúcida de la diferencia. Su presencia exigía compromiso de uno mismo, suscitaba un compromiso crítico de uno mismo. ¡Y así! Eso es todo.

Hacerse querer o hacerse notar. Bien. ¿Por qué no? ¡A su regreso traiga su huellas! ¡Y formule sus observaciones! No hay vacíos en la vida, sino espacios en cada etapa. Competencia, sí, sin duda, pero la regla de oro en el juego, para él, era la lealtad entre socios.

En mi vida, Fanon surge como una fuente y un parte aguas, como montañas de Margeride. Dicho sea de paso, singular marginalidad que surgió del Masivo Central. ¿Quién pretende hablar de los retrasados o de los refugiados marginales? Él vino a Saint-Alban precedido y seguido, sobre los mismos trayectos, por caminos ya dispuestos para automóviles que, partiendo de Lyon, han traído a tantos otros, como a un reducido grupo de lozerinos, adonde a mí mismo me había acogido algunos años antes. Él vino, atraído por la posibilidad de cierta práctica de la psiquiatría que está en camino de hacerse o rehacerse. Quisiera decir que Fanon, llegando a Saint-Alban, llegaba a *algún lado*. Él suponía, y no del todo mal, que Saint-Alban era un campo atrincherado. Y suponía que Saint-Alban era un campo de acción donde se ensayaba para poder ofrecer posibilidades –controlables– para que la locura pudiese hablar y reelaborarse. Él vino a un lugar donde la preocupación en el actuar de los psiquiatras convergía con una resolución irrevocable por organizar una labor colectiva, propia de su campo de trabajo. No se puede comprender el primer proyecto de Fanon, ni los siguientes, en un lugar donde las circunstancias lo hicieron devenir a veces héroe y a veces héroe trágico.

Se piensa a Saint-Alban como haciendo un espacio –un hospital psiquiátrico– un nuevo tipo de “reserva natural” donde se respiraba el aire puro de la montaña; también era una “campiña” o un “castillo” sustraído de los desafíos impuestos por la civilización industrial o la sociedad de consumo. Eso no era todo. No se trataba, ni para Fanon ni para tantos otros que trabajaron en Saint-Alban, de encerrarse en cajas en notoria oposición a las bien conocidas concentraciones carcelarias y sofocantes de la psiquiatría “notacional” clásica. No era ni siquiera una oposición “reactiva” o una reacción de oposición hacia los hospitales psiquiátricos de gran confinamiento. Era más bien algo que hacer sobre la marcha en el dinamismo que dibujaba las diferencias. Así aparecían las diferencias en la teoría y en la práctica del vaciamiento terapéutico.

Dos interrupciones aclararon el asunto. Fanon venía como tantos otros de Lyon, de la facultad de medicina de Lyon. Caricatura, si la hubiera, del cartesianismo analítico, florecía su eficacia sobre el objeto

anatomo-fisiopatológico que funda la medicina en general y se desmoronaba en especializaciones sin fin ni medida. Lyon producía (efectivamente en París, por favor, como corresponde) los “Manuales médico-quirúrgicos”, de los cuales dos volúmenes están dedicados a la psiquiatría y a la formación profesional de psiquiatras. Un capítulo por enfermedad. El orden ya conocido: diagnóstico, pronóstico, tratamiento. Bueno para el diagnóstico. Admiración, nada sorprendente, frente a las numerosas formas clínicas descritas, decenas, en efecto centenas de páginas. Después el resultado y la justificación pragmática de un muy loable trabajo: el tratamiento, preciso, claro. Así era susceptible, ese tratamiento, de resumirse en una sola línea. ¿Qué digo una línea? Una palabra. Sin error posible en la prescripción. Sin sutilezas; nunca dosis generadoras de errores lamentables. Y así, con todas sus mayúsculas: TRATAMIENTO, INTERNAMIENTO.

Ni más ni menos. No me gustaría entretenerme en anécdotas sobre Fanon. Pero Lyon, para él, fue eso, y nosotros decimos que, para él, Saint-Alban fue otra cosa. Aquí sí, la anécdota significativa –con respecto a Saint-Alban y al destino de Fanon. Estábamos una tarde en la capital de Lozère, Mende, con personas preocupadas por la cultura y, por lo tanto, estrecha o lejanamente por la locura. Hablábamos de lo importante de los espacios, de ciertos espacios. ¿Cuál es el espacio de la locura? Y a Fanon le dio por hablar y desarrollar el tema con ayuda, nótese, de los textos culturales: en específico el espacio de la tragedia. Éste no era un tema de la literatura comentada. Aunque los textos y los pretextos habían sido proporcionados por “obras” clásicas de teatro. ¿Cuáles eran los límites del campo de acción profesional de los psiquiatras? ¿Dónde ejercemos dicha acción de la higiene mental, incluso de la terapia? Los “enfermos” asisten, participan y se encuentran fuera del hospital. Las familias de los enfermos también. He aquí un sector –¡lo hemos dicho!...– ¿Psiquiatría de extensión? Ya se verán los riesgos. Fanon ha consumido su vida en ello. Murió. Hay que leer la tesis de Azoulay si queremos comprender el itinerario de Fanon en Blida y sus secuelas: nada más ni nada menos que su compromiso con la psiquiatría de sector. Comprendemos las reticencias –preventivas– de muchas personas. La prudencia, podría decirse. Fanon no tenía siempre a su disposición la virtud de la paciencia. Asumía su destino trágico. Pero eso es aún y sobre todo la psiquiatría.

Saint-Alban constituyó el lugar de una hipótesis, no el lugar de una apuesta ni de una aventura. Los aventureros podían mirar de reojo a un lado de Saint-Alban, como ciertos curiosos aficionados a la novedad. Si es que lo tragaron a veces, también lo vomitaron rápidamente. La depuración estaba garantizada. Aunque Fanon se quedaría ahí dos años más. No lo sé. Él siempre estuvo entre nosotros. Él arrasa, él habla y actúa desde un lugar escondido de nuestra memoria. No solamente en la mía. Parece que la memoria es también un hecho colectivo, un hecho social como se dice. ¡Ahí lo tiene! ¡Está ahí de nuevo!

La hipótesis de Saint-Alban no tiene nada de original ni de descabellado. Eso depende de los caminos y las preguntas de unos o de otros. Un lugar “abierto” por dentro y por fuera. Las instituciones, si se quiere, no una institución explotada ni negada. Lo plural y diverso no es lo que la hace estallar; mucho más que el uno, que lo puede unir. Para unir hace falta lo diverso y lo diverso no es que lo que divierte. Las instituciones reúnen. Cuando la reunión deviene fusión o juego infinito de espejos, falla en su propio dinamismo y en su funcionamiento. La hipótesis de Saint-Alban reuniría a los seres humanos, locos o no locos, para que ellos pudiesen trazar en sus propias posibilidades la materia móvil, articulable y rearticulable de la que ellos están constituidos y, desafortunadamente, muchas veces amasada –como cualquiera– por la historia. Si se quiere, se requiere de un dispositivo de caballetes, de artifices, de “otras escenas” donde el verdadero afuera presentable se representa.

Algunos lo llamarán proceso de curación. Otros pondrán el acento en calificarlo como “otros hallazgos”, o sobre las respuestas con palabras discretas y otras veces informúladas: otros hallazgos donde, si lo queremos, si lo sabemos, y no sin paradoja, podemos encontrar la identidad de cada uno: su singularidad, su des-alienación, su despersonalización. Hipótesis, no es ensimismamiento. El curso de la hipótesis no es la repetición dogmática. El compromiso no es deslumbramiento. Todo eso fue diseñado *a priori* por Fanon antes de que llegara a Saint-Alban. Entre la facultad de medicina (sobre todo en Lyon) y en Saint-Alban (particularmente), Fanon, como tantos otros, recorrió el mismo camino, la misma distancia, realizó los mismos rodeos, y se instaló en los mismos valles, en los mismos bosques y en la ruptura que ya había dispuesto:

- por una parte, la clínica médica tan particularmente analítica, descriptiva y cartesiana de la medicina, su doctrina y su puesta en acto –por no decir su actuación– porque no quisiera insinuar la negación de su eficacia, ni siquiera en la psiquiatría;
- y por otra parte, la clínica psiquiátrica donde la ruptura con su objeto, en el estilo anterior, se comprobaría como inoperante por el mero hecho de que aquí, eso es lo que está en cuestión, y es objeto de sufrimiento. La avería, si se quiere hablar mecánicamente, es el propio proceso de presentificación, incluso la “producción” del sujeto enfermo mismo. Hay que precisar que no se trata de la “producción social y negociable” realizada por un individuo social cualquiera determinado, sino de la propia producción del sujeto. Es el sujeto el que es producido. Y es esa producción la que se encuentra averiada.

No hay nada más en el itinerario – que va de la facultad de Lyon y su doctrina médica a Saint-Alban con la hipótesis que se extendía y se desarrollaba– que representa algo así como el regreso a las fuentes; para nada retoma la vieja oposición de naturaleza y cultura, de la civilización

frente al estado salvaje; nada que responda a una supuesta nostalgia del paraíso perdido. Las cancioncillas del pastor y sus corderos llegan evidentemente a nuestros oídos –por supuesto no sin malvada ironía o por el camino del simple desprecio disimulado bajo la observación folklórica–. No osaría decir que los inocentes pastores sin importar sexo o condición no puedan entenderlo con complacencia o, por el contrario, ofenderse. Nimiedades. El proceso que realizaba Fanon de Lyon a Saint-Alban no era de ese orden. Él era un clarividente, pero era mejor oyente. No se dejaba encasillar, otros dirán que era “patológicamente” desafiante, incluso un poco paranoide. Asumir la actitud de la “paranoia crítica” para la operatividad del psiquiatra en formación (el verdadero psiquiatra siempre está en formación); su “marginalidad” en relación con la cultura cartesiana y racionalista, su capacidad de distinguir y su tercer oído, le permitía tejer una red con los productos que emanaban del sufrimiento de “sus” enfermos.

Fanon no estaba afectado por esa terrible enfermedad endémica que, por vía de “la voz del amo”, fija el pensamiento de muchos en la “normopatía”. Tanto mejor para él y para los enfermos que él pudo sanar. Él, hasta donde yo sé, no había tratado de curarse de su “normopatía”, comprometiéndose con la “cura” didáctica, es decir psicoanalítica. Con o sin razón, para sustraerse de los efectos de la “normopatía”, él había invertido y asumido su propia palabra. ¿Por qué vías? ¿Qué garantías narcisistas fueron desde entonces las suyas? No sé nada de eso; no tiene importancia. En verdad, él trabajó y se mantuvo trabajando por su palabra. Ahí se jugó su ser, más allá y por debajo de la función auxiliar prescrita al verbo ser por ciertos “tiempos” gramaticales. En efecto, no se le escapaban ni la dimensión poética ni la dimensión racional de sus producciones discursivas. Su discurso era sostenido por todo su cuerpo. Pero no crean que ello le habituaba a la histeria. Él vigilaba las trampas y los peligros. Para él no era cuestión de hacerle frente. Así como su lirismo no era jamás una fuga en el imaginario verbal. Si volaba, era para tener una mejor vista, para tomar distancias antes de aterrizar en virtud de nuevas acciones más eficaces. Testigo, lo fue sobre todo de sus acciones. Su vida no es un cuento ni un recital, ni una actuación. No quiero idealizarlo. Él se contradecía a veces, como todo el mundo, puede ser que sus propias contradicciones fueran de hecho de consecuencias más duras que las consecuencias de sus compromisos con el proceso de curativo. Sin embargo, incluso con esas eventualidades, nunca vi enfermos a los cuales hubiera guardado un rencor irreversible, o que fueran ignorados por él. Su mano y su voz estaban siempre listas y tendidas hacia el otro y su sufrimiento. Creo que no fue difícil para nadie, por débil mental pudiera aparecer a los ojos de una nosología clásica, aprovechar la oferta y la llamada surgidas del rigor estructural y estructurante de su pensamiento “poético”. No ocultó su trabajo de pulidor de conceptos –esas “armas-herramientas” de artesano– donde su papel de animador no fue

cuestionado por nadie. El artesano, dicho sea de paso, no destruye la materia que trabaja. De hecho, la respeta, aprovechando sus líneas de fuerza, y las despeja con la ayuda de sus herramientas. Esto es lo que –y esto es importante en tanto concierne al artesano Fanon– puede dar la impresión de violencia. Es por esto que puede suscitar miedo, aquí y allá. Notamos entonces el lugar donde esos miedos aparecen y también se propagan, por los rumores frecuentemente malintencionados. Osaría decir que esos miedos se formulan fácilmente ahí donde algunos escapan a ese trabajo. El miedo y la violencia vividos por el otro justifican su huída, su pereza y su abstención. Ningún carpintero, ebanista o escultor podría formular una acusación de violencia contra otro artesano so pretexto de que éste trabaje, incluso golpee con sus herramientas, sus martillos y sus sierras, y yo tampoco. Incluso es bastante excepcional que un artesano utilice sus herramientas de trabajo como arma asesina, o bien que se suicide con ellas. De hecho, hay que confesar sin embargo que la manipulación de herramientas, vista de lejos puede dar miedo. Un accidente, decimos, puede ocurrir tan rápido. Lo mejor, lo más sensato, lo más prudente es por lo tanto no hacer nada.

Es verdad. Los “accidentes” colman la vida –sobre todo social–, quiero decir la vida con otros, aquellos que conocemos y aquellos que no conocemos, los cercanos y los lejanos, los otros y sus representantes. Siempre hay un imprevisto, lo enigmático, los malentendidos, los desprecios, las recuperaciones, las desviaciones, las grabaciones y los vuelos en el juego con los otros. La navegación con los otros no se reduce a poner en acto de un ensimismamiento desiderativo. El empecinamiento repetitivo de un proyecto no parece un buen consejo para los navegantes. Fanon, en el encuentro con algunas aventuras juveniles irreflexivas, que tenía delante de él, no olvidó la cartografía que otros navegantes habían dibujado anteriormente. Eso no impidió, por el contrario, ser despertado en un sueño de variaciones incesantes en el mar de caprichosos vientos. Eso no impide estar a la búsqueda de lo desconocido y un poco más lejos, pero sobre todo eso no impide que se escapar de riesgos calculados. Ya lo habíamos dicho, se equivocó a veces. Sin embargo, él no buscó jamás la tempestad para poder probarse a sí mismo la medida, o la desmesura, de su poder. Él no temía a la tempestad, si eso se pensó. Es todo. Su deber era entonces hacerle frente. Fanon amaba sin duda los barcos, su bote. Pero no olvidó que eran para llegar a alguna parte. Aquí los límites y el lugar de su narcisismo.

Estoy cierto que si él pudiera leerme, se reiría de mis metáforas marinas y me trataría de estúpido. Razón de más para ensañarme todavía; ya que quisiera decir que su navegación en psiquiatría presuponía, como en cada uno de nosotros, la preexistencia de un campo transicional, el campo de la ilusión –como Winnicott lo llama y define el revestimiento funcional en el proceso de humanización en cada uno–. No hay que confundir esa ilusión con las exigencias delirantes de un deseo

todopoderoso de hacerse de la omnipotencia del deseo. Fanon se nutrió de ilusiones; a eso se le llama en la religión cristiana la virtud de la esperanza. Eso no tiene nada que ver con los hechos de los manipuladores de ilusiones, es decir de un cierto clero ilusionista. He aquí entonces, para terminar, me doy cuenta que no he dicho nada, o casi, de Fanon –tampoco de Fanon en Saint-Alban–. A decir verdad, estoy contento. Al decir nada, aquí, quiero referir a todo las resonancias que la vida, la amistad, el trabajo compartidos con Fanon despertaron en mí. Y eso cuenta. Tengo la esperanza de que algunos jóvenes psiquiatras se reconozcan allí. Es más, tengo la seguridad absoluta que la cosecha va a levantarse en alguna parte.